

lastre que hay que tirar por la borda precisamente aquello que ha convertido a las sociedades de economía de mercado en más justas e igualitarias. La nueva pesadilla de esos ciudadanos son, efectivamente, los impuestos. Recordemos la cruzada que se inició, hace un año, en los Estados Unidos con la llamada "Proposición 13" (2).

De poco sirvió, en el caso británico, que los laboristas explicaran —en el último momento, eso sí— que al reducirse los impuestos sobre la renta como pretendían los conservadores, una serie de servicios fundamentales como la sanidad, el seguro de desempleo, la enseñanza, la vivienda, etc., se verían directamente afectados. A menos que, claro está, el Gobierno aumentase —y es lo que pretende— los impuestos indirectos, infinitamente más injustos. Al final, se impuso el populismo nostálgico de la dama de hierro.

Nada más subir al poder, Mrs. Thatcher cumplió sus primeras promesas electorales: subió los sueldos a la Policía —la ley y el orden por encima de todo— y a las Fuerzas Armadas. Pero cuando carteros y maestros exigieron, a su vez, lo suyo, el Gobierno no se mostró tan solícito. Esos servicios hay que pagarlos con dinero público. Y si se quiere compensar la menor recaudación por los impuestos sobre la renta, habrá que aumentar otros, como la tasa sobre el valor añadido, ese impuesto indirecto que también ahora se va a aplicar en España. Y habrá que devolver también al sector privado una serie de empresas nacionalizadas por los laboristas. Claro que, como suele ocurrir en estos casos, se traspasarán justo aquellas que gozan de buena salud. Las deficitarias, como siempre, continuarán en la enfermería, a cargo del Estado.

Estos días, los conservadores hablan de introducir

más recortes de los inicialmente previstos que los gastos públicos. Los primeros en resentirse serán los municipios. El Gobierno afirma que sólo se pretende eliminar la burocracia inútil, pero muchos temen que se paralicen de paso ciertos servicios esenciales. Las Trade Unions protestan porque las nuevas medidas harán que aumenten el paro y las huelgas. Esas huelgas cuya proliferación, el pasado invierno, fue una causa determinante del descalabro electoral laborista.

También mantiene Mrs. Thatcher su promesa de cortarles las alas a las Trade Unions, limitando la sindicación obligatoria, los "pickets secundarios" (3) y el dinero que abona actualmente la Seguridad Social a las familias de los huelguistas. Tal vez mañana, cuando se recrudescan las tensiones laborales, muchos trabajadores que ayer votaron a los conservadores se morderán las uñas. Pese a todo, es injusto atribuir el fracaso de los laboristas exclusivamente a la demagogia conservadora y al apoyo de la prensa derechista.

A los laboristas les faltó, en efecto, imaginación para ofrecer al electorado soluciones nuevas. En sus años de gobierno, acabaron convirtiéndose en el partido del *statu quo*. Y del *statu quo* sólo se sale dando un paso al frente o, por el contrario, retrocediendo. Para lo primero, habría hecho falta que los laboristas presentaran un programa más radical, menos socialdemócrata, como el propugnado por el ala izquierda del partido, que encabeza Tony Benn. Hubiera sido, sin duda, una empresa arriesgada, pero valía la pena intentarlo. Se prefirió, sin embargo, la ambigüedad de Callaghan. Y los electores, entre cansados y escépticos, optaron por el paso atrás. Para cuatro años. ■

(3) La práctica de la sindicación obligatoria es la llamada "closed shop". Actualmente sólo quedan exentos de su cumplimiento quienes aduzcan motivos religiosos para no afiliarse. "Pickets secundarios" son los dirigidos contra los proveedores de las empresas en huelga.

(2) Las consideraciones de Dahnendorf se aplican mejor, es cierto, a países prósperos, como Suecia o Alemania Federal, que a una Gran Bretaña en progresiva y general decadencia. Sobre la "Proposición 13", ver TRIUNFO 807.



El naranjito

AUNQUE todavía no tenemos democracia consolidada (hay que ver todos los que se anotan en el *Infanticidio*), en cambio ya hay mascota para el Mundial 82, y de la peor especie. Si en su edición anterior el pauperizado gauchito argentino recorrió las pantallas del mundo, los muros (esos donde protestar contra el terrorismo de Videla y compañía puede costar la vida de toda una familia) y cualquier superficie capaz de resistir una imagen, esta vez, no se sabe bien por qué, el símbolo iconográfico es una horrenda naranja con cabito y hoja al uso, tan parecida a la ordinaria y pseudo-popular calabaza de Un dos, tres, que resultaría culpable en cualquier juicio por plagio.

Si el Ministerio de Cultura, del cual dependen en último término las actividades deportivas, cree que este triste engendro de huevo-naranja-jugador representa algo, pobre concepto tiene del país y del grafismo. Lo menos que se puede decir del penoso Naranjito es que como naranja, resulta insípida, como huevo, estéril, y como jugador de fútbol, carente de cualquier agilidad y destreza (además de chueco). Si los símbolos se destacan por su representatividad y sugerencia, no se explica desde ningún punto de vista cómo este dibujo, pobre, simplista, tonto y varios modelos atrasados, pudo merecer la atención de alguien. Ejemplar que posiblemente ningún refresco hubiera aceptado para promocionarse, ni ningún exportador de naranjas. Me temo que tampoco exista un español en el mundo que se sienta representado por Naranjito, detestable partida de Bautismo con que la imagen azotará al mundo hasta bien entrado el 82. Lo malo que tienen los símbolos es su reducción, el hecho de que deben dirigirse al mayor número de gente posible, por lo cual el mensaje tiene que simplificarse al máximo. Ahora bien, cuando los contenidos que hay que difundir con el símbolo no son muy complicados, el dibujo y la creación gráfica pueden ganar imaginación. Este triste Naranjito, de patas cortas, sin cuello, que sostiene una pelota en la mano, es una demostración de total falta de ideas, y de una ingenuidad gráfica rayana en la crasa estupidez. Ni promueve nada, ni provoca emoción alguna (salvo una especie de piedad por el subdesarrollo), ni estimula. Mala imagen del país, del fútbol y de sus artistas, lo cual es mucho peor. Se trata (a tenor del icono y sus sugerencias), no sólo de un Naranjito, sino, también, de un Mundialito. Más injusto todavía cuando se sabe que en el país hay excelentes dibujantes y grafistas, recordemos sólo tantos carteles admirables de Miró o de Tàpies, elegidos para campañas internacionales de solidaridad, ilustradores jóvenes que tendrían que haber gozado de una oportunidad. No tenemos democracia consolidada, la imaginación no es oficial, la cultura no es ministerial, pero tenemos naranjas con balón y botas. Y un cabito en la punta. ■ CRISTINA PERI ROSSI.